

Sultán Mohammed Chej envió el 1556 sin poder llegar al Níger (y en la cual iba por cierto el escritor granadino Luis del Mármol), el Sultán Muley Almansur envió una segunda expedición de jinetes de las tribus guich, cuyos caballos no pudieron cruzar el desierto. Logró por fin su objeto una expedición de 2.500 escopeteros españoles, acompañados de árabes exploradores, lanceros y de personal de transporte con camellos. Los españoles eran cuatro clases, o sea, descendientes de Granada que hablaban árabe; moriscos recién inmigrados que hablaban español; aventureros de Orán o fugitivos políticos, y un cierto número de cristianos. El jefe de la expedición se llamaba Yuder y era de Chevas de Vera, en Almería. El idioma oficial en el que se daban las voces de mando era el español y llevaban armaduras como los conquistadores de Méjico y Perú.

Después de atravesar el desierto a pie, viniendo por eso muchas pérdidas de vidas en el viaje, al fin marchando en columna con sus trajes de hierro y sus mosquetes al hombro, desembocaron en febrero de 1591, frente al recodo del Níger, donde salió a recibirles el ejército del rey songai con 80.000 hombres bien armados y precedidos de grandes rebaños de búfalos que, en cierto momento, lanzaron sobre los españoles. Pero asustados esos animales por las descargas de mosquetería se desbandaron volviendo grupas y pasando a través del ejército negro. Una vigorosa carga y un cuerpo a cuerpo a golpes de tizona decidieron la victoria a favor de los españoles, que ocupando las cuatro ciudades de Tumbuctú, Gao, Yenne y Bamako conquistaron el Imperio. De 1591 a 1661 duró el dominio completo de los españoles. En 1661 perdieron la mayor parte de las comarcas, pero pudieron conservar la región de Tumbuctú hasta 1790. Luego se fueron mezclando con negros y negras los descendientes de ellos hasta que el pueblo mulato que resultó ya no tenía características españolas. Aunque los negros nobles y dirigentes que poseían Tumbuctú al entrar allí los franceses en 1893, se enorgullecían aún de sus antepasados de la Península Ibérica. Y por ello se consideraban a sí mismo como gentes superiores.

NOSTALGIA Y ARTE ENTRE LOS EXPATRIADOS

Toda la Andalucía exterior que formaron los componentes de las dos grandes emigraciones forzosas de 1492 y 1610, junto con los restos de las emigraciones anteriores desde los tiempos del jalfifato cordobés y con el andalucismo disperso que se disolvió entre-



las 1  
mes  
cone  
com  
dad.  
un e  
dicio  
L  
cuan  
urba  
ces"  
por l  
almo.  
ya c  
almo.  
musu  
tonce  
perio  
las fi  
meriz  
entre  
de Gr  
to, ir  
tamer  
rrado.  
religi  
ción c  
dán e  
pano  
rio m  
jores  
minist  
Er  
islámi  
así co  
daluz  
tro de  
veinte  
dicion  
rauin  
quitas  
perdu  
cendie

## ANDALUCISMO AFRICANO

79



Las tribus bereberes que los andaluces arabizaron en Yebala, las mesetas de Argelia, la costa del Tell de Orán y los más remotos rincones del desierto hasta dentro del corazón de Nigricia, tuvieron en común la de una cierta convicción interna de superioridad. Junto con otra de nostalgia, a las que servía de aglutinante un extraordinario poder de conservación obstinada de normas tra-

La noción de superioridad tenía como origen algo que nació cuando la fundación de Fez, al surgir como primer barrio artesano urbano del Magreb más occidental el de la "ribera de los andaluces" en aquella ciudad y que se intensificó desde el tiempo en que por los traslados forzosos de población mozárabe hechos por los almoravides Marruecos recibió el total de su estructura urbana, ya con sus perfiles generales que han durado hasta hoy. Con los almohades eso se amplió hasta el extremo de que desde España musulmana se sacasen también los cuadros intelectuales, que entonces fueron el elemento administrativo y profesoral de un Imperio extendido desde los llanos españoles del Tajo hasta cerca de las fronteras de Egipto. Con los reinos sucesivos en Fez de los meriníes, Tremecen de los abdeluadíes y Túnez de los hafsiés, entre los siglos XIII y XV, la acción del pequeño reino andaluz de Granada pudo aún ser muy intensa en un sentido de refinamiento, importando su arquitectura de encajes de yeso, su música lentamente refinada, sus modas, su lírica melancólica, sus jardines cerrados... Luego el hecho de que por inspiración de predicadores religiosos andaluces triunfase la gran sacudida de la reislamización que llegó hasta el borde del mismísimo Sudán del Nilo o Sudán egipcio. Con los Sultanes Saadianos de Marrakech fueron hispano musulmanas sus mejores tropas. Y en los tiempos del Imperio marroquí independiente fueron andaluces hasta el fin sus mejores gobernantes, como el Gran Visir Fedul Gharnit, y el famoso ministro del Exterior Mohamed Torres, etc.

En Marruecos, hasta el siglo actual, fueron de origen hispano-islámico la mayoría de los funcionarios técnicos gubernamentales, así como de los juristas ulema y profesores. Con normas andaluzas y con textos andaluces se ha venido estudiando hasta dentro de este siglo actual (que es el catorce del Islam, a la vez que el veinte cristiano) en las dos grandes universidades religiosas tradicionales de la llamada "Africa del Norte", es decir, la de Al Carauin en Fez y la Az-Zituna en Túnez. En los palacios, las mezquitas, las residencias privadas y todos los edificios representativos perduraba su estilo, pues los construían arquitectos y obreros descendientes de españoles (aunque en Túnez desde el siglo XVIII

al Níger  
Mármol),  
de jine-  
ar el de-  
copeteros  
y de per-  
tatro cla-  
; moris-  
de Orán  
el jefe de  
a, en Al-  
tando era  
s de Mé-

eso mu-  
columna,  
ibocaron,  
ó a reci-  
armados  
momenta-  
ales por  
grupas y  
ga y un  
favor de  
ctú, Gao,  
duró el  
a mayor  
de Tum-  
y negras  
resultó  
nobles y  
ceses en  
sula Ibé-  
ntes su-

entes de  
nto con  
del ja-  
ió entre-

eso se mezcló con fuertes influencias de (moderno italianismo). Las fiestas se celebraban oyendo música tradicional andaluza y obsequiando a los invitados con dulces andaluces. La cultura de los hijos y nietos de los emigrados llegó a ser la cultura oficial de todo lo urbano y refinado marroquí.

Sin embargo, la nostalgia resultaba con frecuencia más fuerte que el sentimiento de satisfacción y de comodidad por haber dado sus normas culturales generales al África del Norte y Berbería entera. Nunca, ni aún cuando llegaban a ocupar los más altos cargos en los territorios norteafricanos, olvidaron los desterrados de la Península española a su antigua patria. Y el amor al Islam, por el cual habían tenido que dejarla, se unía a la fuerza de la sangre que les tiraba de vez en cuando. Sobre esto ha dicho gráficamente el profesor Henri Terrasse en su obra sobre la Historia de Marruecos: "Lo que choca y sorprende en todos los moriscos es, tanto como su adhesión a la fe musulmana, la nostalgia de la patria perdida, el amor de su lengua y de su cultura. Esos musulmanes irreductibles eran también, con el mismo orgullo apasionado, españoles del Renacimiento. Ese doble sentimiento explica el drama interior que fué la instalación de esos moriscos sobre las riberas de África del Norte donde buscaban refugio. Explica también el carácter de su política en Marruecos. En el primer momento quisieron vengarse de los cristianos que les habían expulsado bajo formas de guerra santa y de corso. Pero pronto trataron de organizarse aislandose lo más posible del resto del país, y no dudaron en reemprender contacto con los españoles cristianos". A todo lo cual se debió la persistencia con que en Tetuán y en Rabat y en algunos sitios de Túnez se siguió hablando español a la vez que el árabe hasta cerca del año 1800.

El aislamiento fué sobre todo eficaz entre los hispano-musulmanes de las ciudades propiamente urbanas, es decir, aquellas que eran centros culturales y artesanos, rodeadas de murallas tras de las cuales se encerraban, delimitaban y conservaban intactos los viejos usos de la Península, mientras que en los campos, las montañas y las ciudades de carácter rural, lo andaluz se disolvía al mezclarse con los viejos fondos de las masas y las tribus de orígenes bereberes y árabes-saharianos. Desde Rabat a Trípoli, y más o menos cerca de las costas, se escalonaban esas ciudades hispano-islámicas de población formadas todas con las mismas divisiones de barrios, entre los cuales el principal era siempre la medina propiamente dicha o zona comercial-industrial, generalmente agrupadas alrededor de la alcaicería y ésta contigua a la mezquita mayor. Dentro de ellas las familias urbanas hispánicas o hispanizadas se



cas  
den  
mis  
sus  
todo  
en l  
do c  
depr  
fuer  
es el  
ral s  
que

## ANDALUCISMO AFRICANO

81

casaban entre sí y acababan por formar como enormes familias dentro de cada ciudad. Aunque unas se parecían a otras por sus mismos estilos de edificios y sus mismos lenguajes árabes urbanos, sus azulejos, su música, sus tejidos, sus dulces, sus muebles (sobre todo las altas camas de coseles) y muchos usos sociales especiales en los nacimientos, la vida escolar, las bodas, las reuniones, etc. Todo como un museo vivo, que ahora en 1953 se está ya disolviendo deprisa ante la modernidad de las jóvenes generaciones y la influencia de un nuevo centro difusor de modas y usos nuevos, que es el Egipto de El Cairo. Pero sin que haya desaparecido el general sentimiento de nostalgia de lo andaluz como algo superior, algo que pudo considerarse durante siglos y siglos un paraíso perdido.



ismo). Las  
za y obse-  
ura de los  
ial de todo

más fuerte  
haber dado  
y Berbería  
altos car-  
rrados de  
Islam, por  
la sangre  
fícamente  
e Marrue-  
es, tanto  
atria per-  
anes irre-  
españoles  
a interior  
de Africa  
rácter de  
iron ven-  
ormas de  
zarse ais-  
en reem-  
o cual se  
algunos  
el árabe

o-musul-  
aquellas  
llas tras  
actos los  
s monta-  
al mez-  
orígenes  
más o  
hispano-  
visiones  
ina pro-  
agrupa-  
mayor.  
adas se